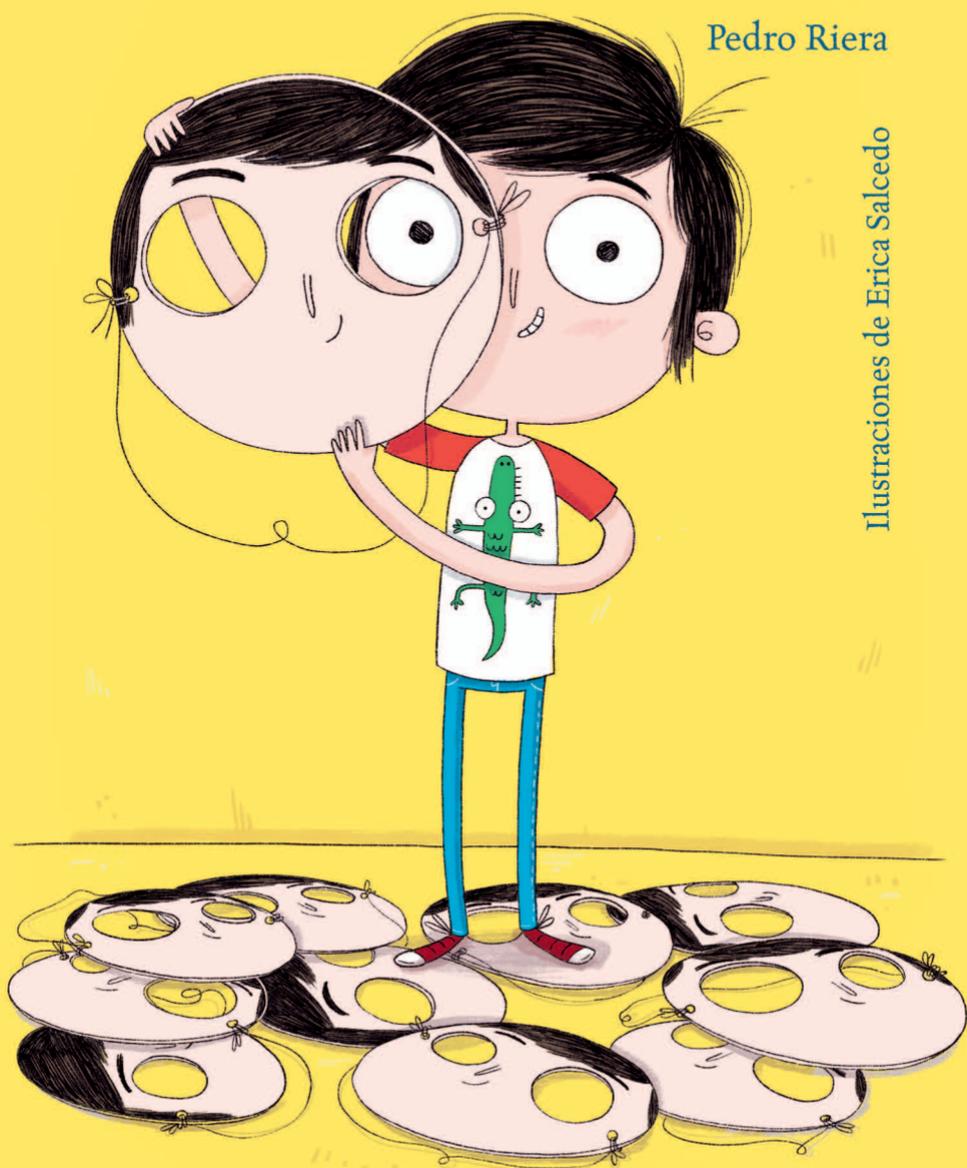


VI PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2015

Cara de otro

Pedro Riera

Ilustraciones de Erica Salcedo



ANAYA

Esta obra ha sido galardonada con el VI Premio de Literatura Infantil «Ciudad de Málaga» 2015, convocado por el Ayuntamiento de Málaga en colaboración con Anaya y coordinado por Antonio A. Gómez Yebra, quien formó parte del jurado junto a Maite Carranza, Jackeline de Barros, Pablo Aranda y Pablo Cruz.



**Ayuntamiento
de Málaga**
Área de Educación

© Del texto: Pedro Riera, 2015
© De las ilustraciones: Erica Salcedo, 2015
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayaintantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, octubre 2015

ISBN: 978-84-678-7177-7
Depósito legal: M-28621-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

VI PREMIO DE LITERATURA INFANTIL CIUDAD DE MÁLAGA, 2015

Cara de otro

Pedro Riera

Ilustraciones de Erica Salcedo



ANAYA

1

Pedrito Iglesias, o Perico, como lo llamaba todo el mundo, no nació siendo un «cara de otro». Se fue convirtiendo en uno poco a poco, a medida que crecía, y sin ser consciente de su transformación. Un niño normal habría notado mucho antes que algo muy extraño le estaba sucediendo, pero Perico vivía en las nubes. Lo de ser despistado sí le venía de nacimiento.

Había mil y una anécdotas que su madre contaba a sus amigos entre preocupada y divertida. Como aquel verano en el chiringuito de la playa en que el niño se sentó a la mesa de unos desconocidos y se puso a mojar pan en la salsa de unos

mejillones a la marinera sin advertir que la pareja que lo miraba estupefacta no eran sus padres. O la vez que fue con su clase de excursión al zoológico y a la salida se subió al autobús de unos turistas alemanes. O el día que su tía Helena, en un acto de fe, le dejó sacar a pasear a Tino, y Perico volvió del parque con otro perro. Como atenuante cabe mencionar que ambos perros eran caniches. De diferente color, pero caniches a fin de cuentas.

8

En otra ocasión pidió permiso durante la clase de Matemáticas para ir al lavabo y, a la vuelta, se equivocó y se metió en el aula de Plástica. Perico no se dio cuenta de que aquellos niños que lo observaban atónitos no eran sus compañeros, ni entendió por qué rompieron a reír todos de golpe, ni siquiera le llamó la atención que estuvieran modelando arcilla en vez de resolver problemas de aritmética. Ocupó el primer sitio libre que encontró y hundió él también las manos en un montón de arcilla. Una profesora normal lo ha-

bría mandado inmediatamente de vuelta a su clase, y puede que hasta lo hubiera reñido, pero Bea no era una profesora normal. Quiso darle a Perico la oportunidad de advertir su error por sí mismo. Solo intervino al cabo de un buen rato, cuando el niño ya se había manchado de arcilla hasta los codos. Hizo que se lavara y lo acompañó a su clase, más que nada porque no quería que le pusieran un cero en Matemáticas.

Aquel episodio le valió el cariño incondicional de Bea y la fama más que justificada de ser un despiste con patas. A partir de entonces, cuando desaparecía una chaqueta, una mochila o una bici, lo primero que hacía el director era llamar a la madre de Perico para asegurarse de que el niño no se las hubiera llevado por descuido.

Y por supuesto, lo perdía todo. Su madre tuvo que ponerle etiquetas con su nombre y número de teléfono en chaquetas, camisetas, libretas, guantes, zapatos, bolígrafos, calcetines, en sus libros de

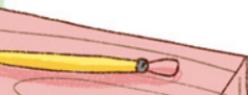


texto y en cualquier otro objeto susceptible de quedarse olvidado en un rincón. Pero ni eso funcionaba, ya que por muy bien cosidas o pegadas que estuvieran las etiquetas, Perico conseguía perderlas.

El psicólogo infantil que lo trataba aseguraba que su caso no era grave.

—Perico tiene una imaginación muy viva —le dijo a su madre tras el primer año de tratamiento—. Su mundo interior es tan rico que es normal que sea arrasado por él. De momento, vamos a esperar. Dejaremos que las cosas sigan su curso sin presionarlo. Estoy convencido de que en cuanto empiece a sentir más curiosidad por el mundo exterior, mejorará rápidamente, y todo esto quedará en una anécdota.

Pero el tiempo pasaba, y Perico seguía sin demostrar ningún interés por el mundo exterior, y ahora, encima, se había convertido en un «cara de otro». Aunque, claro, con lo despistado que era, él todavía no se había enterado.



Índice

Capítulo 1	7
Capítulo 2	12
Capítulo 3	18
Capítulo 4	25
Capítulo 5	29
Capítulo 6	34
Capítulo 7	40
Capítulo 8	47
Capítulo 9	52
Capítulo 10	59
Capítulo 11	67

Capítulo 12	73
Capítulo 13	79
Capítulo 14	85
Capítulo 15	90
Capítulo 16	98
Capítulo 17	101